AGUINAGA ALFONSO, Magdalena, *El costumbrismo de Pereda; innovaciones y técnicas narrativas*, La Coruña, Gráfico Galaico, 1994, 249 pp. (ISBN: 84-605-1113-8)

A pesar de las interesantes introducciones de S. García Castañeda a sus ediciones de los volúmenes I y II de las *Obras Completas* de Pereda (Santander, Tantín, 1989), era necesario un estudio de conjunto que se ocupase en detalle de toda la producción breve –costumbrista y ficcional– del autor de Polanco, lo mejor de su creación según su amigo Menéndez Pelayo. A cubrir esa laguna en la bibliografía perediana se destina el libro escrito por M. Aguinaga.

La bifurcación de esa producción breve en artículos de costumbres y relatos de ficción (cuentos y novelas cortas) permite delimitar dos ámbitos diversos cuyas características van siendo pormenorizadas a partir del análisis narratológico y diacrónico de los textos. El *corpus* está conformado por sus cuatro primeros libros: *Escenas montañesas* (1864), *Tipos y paisajes* (1871), *Tipos trashumantes* (1877) y *Esbozos y rasguños* (1881), así como por los artículos recogidos en el tomo XVII de las *Obras Completas* (Tello, 1884-1906) y por los que aglutina Cossío bajo el marchamo de «Escritos de juventud» (*Obras Completas*, Madridd, Aguilar, 1943). Un total de ochenta y tres relatos breves de los cuales ocho son cuentos y dos novelas cortas.

La investigación de M. Aguinaga se divide en cinco capítulos y es adaptación resumida de su tesis doctoral.

En el primer capítulo deslinda y cataloga el material sobre el que trabajará al tiempo que avanza una clasificación en artículos de carácter ensayístico (de intención sociológica y didáctica) y aquellos que se agrupan como propiamente costumbristas o como relatos breves, o incluso novelas cortas, que constituyen el grueso del *corpus*. Analiza los temas (ciudadano, rural, marino, folklórico, humorístico y satírico, infantil, social) y los títulos, más sintéticos que los del costumbrismo romántico. El subcapítulo que dedica a la «Teoría del costumbrismo según Pereda» hace hincapié en el hecho de que el autor santanderino se tuviese por costumbrista y discípulo de Mesonero por su «predisposición natural para escribir cuadros de pequeña extensión, por lo que teme pasar del artículo de costumbres al género de la novela» (31), por su identificación entre costumbrismo y verdad, por su observación, dominadora siempre de la invención. Su aportación innovadora al costum-

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

brismo reside, no en las técnicas ni en su ideario, sino «en la diferente integración de los elementos costumbristas mediante su humor peculiar que se muestra en su trazo irónico para atacar lo que considere negativo» (32), en el empleo de la lengua, en la mayor complejidad de sus personajes, aunque no llegue a la introspección.

Precisamente de «Personajes y tipos» trata el segundo capítulo, que pretende delimitar ambos conceptos. Si bien en Pereda predominan los tipos genéricos, «no es infrecuente que una figura concebida a modo de tipo vaya encarnándose en un individuo y al darle vida propia transforme al artículo costumbrista en un cuento más o menos logrado» (49). Respecto a los modos de representación, el diálogo es uno de los más recurrentes y singulariza especialmente a los personajes populares. Los recursos descriptivos se aproximan a los naturalistas: el dato fisiológico, el tic caracterizador y la observación de lo general en lo particular. Se hacen patentes el carácter metonímico del aspecto físico y la inmutabilidad de los personajes. Entre ellos, simpatiza con los marineros, rezuman antibucolismo sus retratos campesinos y se hace notar su dificultad para plasmar y entender la psicología femenina; por el contrario, en el caso de los niños, accede mucho mejor a captar su idiosincrasia y su habla. M. Aguinaga señala que «un mínimo de tipicidad no elimina la singularidad de un personaje» (84). Sin embargo, cuando se impone, estamos ante los tipos y caricaturas, ya sean colectivos (niños callejeros, marinos, zapateros, adolescentes, correveidiles, chicas del servicio, pejinas o pescantinas de Santander) o individuales (la costurera, la dama distinguida, el indiano, el jándalo, el comerciante, el cacique, el carretero, el aldeano, el dómine, el cura –tratado siempre con respecto–, el krausista y el falso intelectual –denigrados ambos–, el forastero, el joven de ciudad de clase media-alta –que despiertan su ironía).

El capítulo tercero se ocupa de la instancia narrativa y del narratario. Respecto al primero, Aguinaga constata que «el más utilizado es el narrador observador, mero espectador de los hechos, que busca subrayar el carácter verídico del personaje o escena descritos» (99). Dentro de este tipo el más frecuente es el personalizado, que puede adoptar dos modalidades: narrador-testigo y narrador-protagonista. Dicho narrador «utiliza un tono familiar, como de conversación amistosa. No se muestra distante del lector sino que le habla desde el ámbito de la experiencia» (104). El narratario es una figura que Pereda tiene muy en cuenta y que condiciona la

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

voz narrativa: a menudo, «la compenetración tan estrecha entre narrador y narratario lleva a aquel al uso de la primera persona del plural» (122).

El cuarto capítulo analiza la modalización narrativa. Rastrea también aquí la presencia de metalepsis frecuentes del narrador en el discurso diegético en forma de generalizaciones, interpretaciones o juicios, como corresponde a una narrativa marcadamente autorial. Predomina el discurso directo, apenas utiliza el estilo indirecto libre, en consonancia con un narrador escasamente atento a la representación de la interioridad.

También en este capítulo se analiza la función de la descripción, aunque es demarcativa y simbólica sobre todo. Por lo que atañe al discurso diegético es reseñable la prioridad concedida a los personajes y a sus diálogos, así como a las digresiones, por encima del argumento; también lo es su orden, de lo general a lo particular y de lo abstracto a lo concreto. Su debilidad estriba en el ensamblaje de las secuencias, muchas veces preterido y dejado a la imaginación del lector. El tono es más descriptivo-calificativo que sintáctico-narrativo, en términos de M. Aguinaga.

El capítulo quinto tiene por objeto el estudio del tiempo, el espacio y la construcción en la narrativa breve de Pereda. No hay deseos de experimentación en la coordenada temporal. El espacio, eje fundamental en el costumbrismo, está bien visto en su dimensión pero sin asimilarse a él.

En los relatos de ficción Aguinaga estudia la composición perediana, los comienzos y finales (cerrados, sobre todo) y la poca habilidad en la urdimbre de las secuencias, lastradas frecuentemente por la rémora digresiva, como dejan ver los numerosos ejemplos que esmaltan el estudio.

El costumbrismo es, pues, el eje vertebrador de la obra perediana, su punto de partida, su mayor timbre de gloria como advirtió Pardo Bazán, y marca y determina su evolución posterior, no siempre feliz, hacia el cuento y la novela. Las conclusiones vienen a resumir lo dicho en los mismos términos. Algunas erratas sorprenden al lector en las páginas 19, 20, 38, 47, 57, 60, 64, 76, 83, 92, 97, 105, 118, 123, 125, 131, 132, 133, 136, 145, 157, 168, 176, 195, 198, 204, 206, 207, 212 y 214.

El libro se cierra con una nutrida y bien desglosada bibliografía que recoge las primeras ediciones, las ediciones consultadas, los epistolarios (tan bien traídos a colación en el curso del estudio de M. Aguinaga), los estudios sobre Pereda, sobre costumbrismo,

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

cuento y novela decimonónicos, así como las obras de narratología utilizadas.

Gracias a la encomiable labor de la autora de *El costumbrismo de Pereda: innovaciones y técnicas narrativas*, el lector y estudioso se encuentra hoy menos desasistido y dispone ya de un documentado análisis de los textos breves peredianos, que sin duda ocupan un lugar eminente en el camino que conduce a la eclosión del cuento en figuras como Pardo Bazán o *Clarín* y que se prolonga hasta nuestros días.

Cristina Patiño Eirín
Universidad de Santiago de Compostela

BLANCO DE LA LAMA, Asunción, *Novela e idilio en el personaje femenino de Pereda*, Santander, Concejalía de Cultura del ayuntamiento de Santander y ediciones de librería estudio, 1995, 234 pp. (ISBN: 84-87934-41-2)

Asunción Blanco de la Lama, dedica su tesis doctoral *Novela e idilio en el personaje femenino de Pereda*, defendida en la Universidad de Navarra en 1995 y dirigida por el Dr. Angel R. Fernández González, a analizar exhaustivamente los personajes femeninos de las novelas de Pereda en su aspecto literario y humano para encontrarles un espacio en la historia de la literatura del XIX por encima de prejuicios ideológicos y anteponiendo criterios literarios a cualquier posicionamiento de crítica feminista subjetiva.

Tras un breve resumen del estado de la cuestión en crítica feminista y personajes femeninos en otros autores del XIX, sitúa las ideas estéticas de Pereda dentro del realismo y concluye que su actitud no es tan reaccionaria como a veces se ha pretendido dar a entender sino que es fruto del pensamiento moralista tradicional decimonónico.

Señala que el personaje femenino perediano se construye en función de su feminidad, que no es para Pereda sólo ternura, sensibilidad y delicadeza sino que valora la coherencia interior y exterior de sus personajes.

En ese sentido, Pereda no crea personajes típicos al modo naturalista o romántico sino que sus personajes ofrecen rasgos propios de movimientos literarios sin repetirlos miméticamente sino con verosimilitud y originalidad. La fuente literaria de los personajes de Pereda sería la mujer bucólica del Renacimiento.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

Pereda busca, además, en la elaboración intrínseca del personaje femenino, destacar los rasgos que se adecúen a un ideal de Belleza. El lirismo con el que el autor quiere destacar algunos de sus rasgos y la asimilación de sus personajes a la Naturaleza hacen de ellos seres distintos a los de otras novelas decimonónicas.

Analiza luego Asunción Blanco de la Lama el ideal femenino perediano y propone tres ejes que lo sustentan: El cristianismo, la personalidad humana de sus creaciones que destacan por su sencillez, inteligencia, naturalidad, serenidad y ecuanimidad, y la situación de los personajes dentro de la oposición campo-ciudad que lleva a ponderar el tipo femenino regional cántabro.

Se dedica incluso un apartado al análisis más detallado de la feminidad en Pereda. Esta resulta de la armonía interior-exterior del personaje, aliada a valores como la espiritualidad y la belleza. En este concepto de la feminidad asume otros rasgos accesorios de la mujer, como la coquetería, la pulcritud, el gusto por la indumentaria y la imaginación e intuición. Fiel a sus funciones tradicionales, la mujer perediana ejerce las funciones sociales de «ángel del hogar», y cuando se aparta de su deber se convierte en elemento de distorsión. Se trata de una mujer que asume su condición sin rebeldía, resultando más fuerte e inteligente que el hombre. Es una mujer verosímil, aunque en algunos momentos su poetización la eleva por encima de los demás personajes. Así, son mujeres inteligentes pero no intelectuales, tiernas pero no débiles, fuertes pero no duras, estoicas pero no insensibles, sencillas pero no insulsas.

Una parte interesante de la tesis, y novedosa frente a otros estudios de personajes femeninos, en mi opinión, es el conjunto de observaciones sobre la funcionalidad y el modo de construir personajes femeninos de Pereda. Pereda construye sus personajes por series, de modo que muchas de ellas constituyen parejas definidas por oposición (mujer urbana-regional, heroína-antiheroína). Así los personajes femeninos van perfilando su personalidad por oposición a su antítesis, en esa escala ascendente y descendente que configura la estructura piramidal de sus creaciones femeninas.

La primera oposición es la de la mujer urbana y regional colocando a esta última en un plano superior debido a la profunda humanidad que su creador le imprime.

La verosimilitud de estos personajes se consigue literariamente mediante la poetización (usando imágenes, comparaciones, el lirismo y la referencia a mitos) y la caricaturización (deformando,

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

achatando, animalizando). La actitud del narrador, que se acerca o se aleja del personaje, también contribuye a hacerlo verosímil. Se trata de un narrador que da libertad a sus personajes y que se hace cercano cuando se trata de la censura moral. La ausencia de monólogos interiores contribuye a crear cierto enigma en torno a ellas y contribuye a destacar la higiene mental de los personajes y resaltar su fortaleza interior. No sólo los diálogos sino el lenguaje, adaptado a cada tipo de mujer, da autenticidad a estos personajes femeninos.

En cuanto al proceso de elaboración del personaje se señala una primera fase de concepción ideológica del mismo para pasar a construirlo y encarnarlo y convertirlo en personaje novelesco, proceso en que puede llegar a alcanzar la dimensión de personaje poético en una etapa de posterior estilización.

Se clasifica las novelas, según la función del personaje femenino en ellas, entre aquellas en que hay polarización protagonista-antagonista y las que carecen de ella. Las primeras tienen acción más trabada, el personaje crece en interés y alrededor de él giran los demás.

Internamente, las novelas de protagonista femenina se estructuran en dos partes: son novelas de espacio o de viaje porque el personaje femenino recorre una trayectoria vital.

La mujer como eje temático aparece en dos novelas: *Sotileza* y *La Montálvez*. Alrededor de ella se plantean otros temas de tipo social, sentimental, ideológico o poético. Así, dentro de su mentalidad tradicional y conservadora, se tratan temas como la honra, la religiosidad y la instrucción.

También se analiza en la tesis la teoría perediana del amor, que adopta las formas de amor natural y amor cortés, sin que el autor justifique nunca el adulterio e incluyendo el amor paterno filial y el de amistad.

Concluye este completo estudio con un capítulo sobre la mujer y la sociedad en la narrativa de Pereda, señalando que la función social de la mujer en la novela perediana es doble; de un lado, transmitir una herencia cultural; y del otro, construir y preservar una imagen social que defiende el orden establecido. En ese marco el proyecto de la mujer es el de ser esposa y madre.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

En conjunto, un trabajo completo y ordenado que antepone criterios literarios a cualquier subjetivismo, aunque se perciba cierta actitud contraria a los postulados de crítica feminista subjetiva.

Ana Gurrea
Universidad de Navarra

MORALES, Carlos J.: *La Poética de José Martí y su contexto* Madrid, Verbum, 1994, 571 pp. (ISBN: 84-7962-060-9)

Es interesante el desinterés casi total que una figura tan extraordinaria como la de José Martí ha despertado desde siempre en España. Interesante, porque revela nuestro desconocimiento enciclopédico de lo que sucedía en la otra orilla del Atlántico, ya desde antes de la Independencia de las Indias. Salvo unas pocas excepciones gloriosas, Unamuno entre ellas, la huella directa de Martí en nuestros escritores ha sido nula, pese a que la modernidad de sus planteamientos literarios y filosóficos, así como su acercamiento a la veta popular de la lírica castellana, podrían haber sido magníficamente acogidos. Bien puede afirmarse que el Apóstol de América ha continuado siendo un «raro» en nuestro país, tal y como lo saludó en su día ese gran admirador suyo que fue Rubén Darío.

Por suerte la situación ha ido cambiando algo en los últimos tiempos. Quizá a esto contribuyan la creciente presencia de estudios hispanoamericanistas en las Facultades de Filología Hispánica y el Centenario de su muerte, que este año celebramos. Fruto de esta tardía atención académica es el libro de Carlos J. Morales que se añade a otros trabajos extensos publicados recientemente y que representa en sí mismo una contribución notable al conocimiento del autor de los *Versos sencillos*.

El estudio sigue la fecunda corriente de interpretaciones martianas de críticos como Manuel Pedro González, Ivan A. Schulman o José Olivio Jiménez. Por ejemplo: se percibe rápidamente la formación estilística del autor, así como su vindicación de un Martí existencialista.

Tras examinar ampliamente algunos componentes ideológicos fundamentales, entramos, a mi modo de ver, en la parte más valiosa del libro, «El contenido de la poética martiana». Aquí se intenta con éxito ir desmenuzando a lo largo de la ingente obra martiana los núcleos estéticos principales de tal manera que al final aparezcan ordenados y comprensibles en una estructura lógica y clara.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

No es poco empeño, porque el cubano no fue un pensador sistemático y sus hondas inquietudes se desparraman en medio de textos de la más variada temática. Ciertas ideas básicas como la poesía en tanto que vocación natural y su relación con la figura romántica del genio dan lugar inmediatamente a una teoría de la inspiración que precede al conflicto entre la irracionalidad de la génesis poética y los límites que le impone la razón. La emoción, ya sea en su vertiente prepoética o en la creadora e intelectiva, debe primar puesto que pone en marcha otras facultades subsidiarias (imaginación y memoria). A su vez, se plantea la indisoluble vinculación entre esencia o contenido y forma, las cuales para Martí deben mantener un fuerte equilibrio expresivo. Sin ceder hacia uno u otro lado, parece claro que el contenido debiera ser lo más elevado posible en el ámbito moral, lo cual no es de extrañar dada la formación trascendentalista de Martí y sus inquietudes religiosas y humanitarias. Las consecuencias de este ideal de equilibrio entre idea y realización formal son el vitalismo y la espontaneidad estilísticos, así como la voluntad de creación de una literatura genuinamente autóctona.

Otro pilar básico del pensamiento poético martiano es la exaltación de la libertad que, en el caso de Martí, tiene una adscripción política y filosófica modernas. Sin admitir otra instancia reguladora que el propio albedrío, el Martí poeta (igual que el pensador o el hombre de Estado) justifica varios puntos importantes de su credo: el desafío a las normas académicas aún vigentes en el mundo hispánico, la diversidad de fuentes literarias o las defensa de una concepción abierta de los géneros literarios. En este último aspecto me parece interesante destacar la preferencia martiana de la lírica por encima de la novela. La primera posee un carácter no fabulador y, por tanto, más verdadero para Martí, ya que representa estados afectivos del alma que realmente ocurren. El crítico advierte, además, que el panorama novelesco de la época desagradaba a Martí debido al triunfo del naturalismo y, por tanto, del regodeo en las bajas pasiones y en la amoralidad (321-333). Me pregunto, sin embargo, si no pudo también influir la sustitución de la épica tradicional obrada por la novela decimonónica mediante su creación de héroes medios o vulgares, no necesariamente degradados como los de Zola, pero sí poco heroicos como los de Balzac, Dickens, Pérez Galdós, Turgueniev, etc. Asimismo, tal vez debiera haberse matizado algo más el apartado dedicado a la épica martiana, ya que este jamás escribió lo que propiamente se entiende por epopeya.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

El extenso y erudito entramado teórico viene a desembocar en el punto que tal vez sea más característico del pensamiento poético de Martí: la alianza de la Belleza y el Bien como fines de la creación. Revestido de funciones asimilables al profeta y al sacerdote, el poeta tiene una función sagrada ante el Absoluto y ante los hombres: la de proferir las palabras reveladoras de la armonía esencial del Universo. Belleza y Bien se identifican, puesto que provienen del Uno, esencia metafísica del universo.

La exposición de temas y la inserción de textos de creación suele servir para mostrarnos a un artista coherente y profundo, a la vez que, al modo de un «leit motiv», se insiste en que tal o cual apartado es un indicio más de la modernidad de Martí. A lo largo de todo el estudio se van revelando las variadísimas influencias que contribuyeron a apuntalar el ideario martiano, algunas de ellas ya muy admitidas y de sobra conocidas pero que resultan de imprescindible mención. Sin duda una meritoria y minuciosa labor ha acompañado la recogida de los muchos datos acumulados. Cabe lamentar, sin embargo, el exceso reiterativo que, debido acaso a una loable voluntad de claridad, puede hacer algo pesada la lectura, ya que el autor se obliga a volver sobre puntos trillados una y otra vez. Hay una desproporción, que podría haberse salvado perfectamente, entre la longitud expositiva y la complejidad de los contenidos intelectuales.

La tercera parte («El contexto de la poesía martiana») es sin duda la más documentada ya que abarca las relaciones de Martí tanto con aquellos escritores hispánicos que lo anticiparon en sus hallazgos modernistas, así como con los que de una manera u otra siguieron su estela. El proyecto es ambicioso y englobador. Contiene aportaciones, entre las que puede destacarse, por ejemplo, la presencia de nombres de «iniciadores» menos reconocidos (Justo Sierra, Miguel Cané) y otros admitidos (Manuel Gutiérrez Nájera), nombres todos ellos que dan idea de que Martí no fue —no pudo serlo— el único hombre que vislumbró las posibilidades de la nueva estética. Asimismo, se aclaran algunas relaciones menos conocidas de influencia martiana, tal y como puede ser el caso de José Asunción Silva. No obstante, creo que pueden hacerse algunas reservas parciales al apretado panorama trazado por Morales. De entrada llama la atención la desigualdad del trato recibido por los poetas españoles decimonónicos en favor de sus contemporáneos hispanoamericanos. Es decir, así como Campoamor y Núñez de Arce no se libran de las abundantes y merecidas pullas del crítico,

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

en cambio Pérez Bonalde o Guido y Spano, por citar sólo otros dos autores anacrónicos, aparecen expuestos con gran objetividad. No era extraordinaria la poesía de este lado del Atlántico antes de la eclosión modernista (si exceptuamos a Bécquer y Rosalía), pero tampoco puede pensarse que fuera mucho mejor la que se practicaba en México, Venezuela o Argentina.

En algunas ocasiones hubiera enriquecido el análisis una mayor audacia en la presentación de los paralelos e influencias, de tal forma que estos no se detuvieran en el simple cotejo de textos, sino que sirvieran para una mejor intelección del Martí lector y creador. Campoamor fue muy admirado por Martí, según demuestra Morales, pero falta saber en detalle, con los textos por delante, cómo superó el prosaísmo vulgar del español y lo convirtió en antirretoricismo ¿Cuál es la recepción de Martí ante ciertos autores que le influyen? ¿Cómo reacciona ante ellos, cómo subvierte, cómo mejora las afinidades? En general, el análisis, cuando llega a esta cuestión, no pasa de señalar que «el humor es mucho más oportuno» (473) o que posee una «más honda virtud modernizadora» (495).

Hay, por último, algunas objeciones que se pueden achacar a la carencia de espacio, si no fuera porque el estudio completo es ya en sí mismo bastante amplio. Así, se echa en falta en la mención de afinidades entre Rodó y Martí (522-524) la común inquietud panamericanista que constituye en ambos una consecuencia directa del credo estético. Y cuando se dedican unos párrafos a la tardía vertiente popularista de Lugones (530-532) cabe pensar que no sólo sea la tradición gauchesca la que esté presente sino también el ejemplo mucho más cercano del «sencillismo» de Baldomero Fernández Moreno, la lírica popular castellana, así como las obras de Juan Ramón Jiménez y algunos autores del 27. Esto explicaría las resonancias simbólicas del texto lugoniano mejor que las referencias a Martí.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

De cualquier manera estas observaciones no pueden despistarnos del interés principal del último capítulo. Se trata, en definitiva, de darnos un Martí auténticamente lúcido, hijo preclaro de su tiempo, que contuvo dentro de su obra gran parte de los intereses de generaciones posteriores. Y que, aunque no deben adscribirse sólo a él ciertas preocupaciones de época (esto resulta particularmente claro en los modernistas de la segunda generación), en todo caso es indudable su posición privilegiada de iniciador y su superioridad artística frente a otros precursores.

Javier de Navascués
Universidad de Navarra

ARAGON, Louis, *Projet d'histoire littéraire contemporaine*, Marc Dachy ed., Paris, Gallimard, 1994, 160 pp. (ISBN: 2-07-073556)

El reclamo rojo de «inédit Aragón» atrae irremediablemente a todos aquellos que han leído alguna vez algo de este magnífico autor. En esta ocasión nos encontramos con una edición de artículos que escribió entre 1920-1923, en su período dadá. Su intención, tal y como él mismo declara en el primer fascículo (correspondiente al índice) era escribir toda un historia de la literatura contemporánea; pero no llegó a hacer más de 20 «capítulos». Estos, olvidados hasta hoy en la Biblioteca literaria Jacques Douzet, son los que Marc Dachy, experto en el dadaísmo, publica y edita ahora.

El libro comienza con un facsímil que muestra el plan que Aragón pensaba seguir. Fue publicado en la revista *Littérature*, editada por Breton, Aragón y Soupault (quienes poco más adelante serían los «tres mosqueteros» del surrealismo). El lector, tras haber leído las 155 páginas de que consta la obra, se queda con la miel en los labios y lamenta irremisiblemente que a Aragón no le diera tiempo a acabar su proyecto.

En efecto, su magnífica capacidad crítica, su reconocido dominio del lenguaje hasta el punto de hacer que sean actuales escenas vividas hace casi setenta y cinco años, su socarronería y el entusiasmo que en 1922, fecha en la que fue escrito, tenía este joven, hacen de este libro un excelente testimonio del ambiente literario de principios de siglo.

Porque, en efecto, no se trata de una lista de autores y obras. También los acontecimientos sociales que rodeaban los grupos literarios y artísticos, tan unidos en la época, tienen cabida dentro de

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

esta «historia literaria». Así por ejemplo encontramos entre estas páginas una descripción del «vernissage Picabia chez Povolozki» de una gracia inimitable. Nos hace descubrir personajes secundarios hoy, pero muy importantes en su época como fueron Pierre-Albert Birot, o Clément Pansaers. Esta presente la influencia del cine naciente —y la nueva manera de ver la vida que supuso para los jóvenes— en el capítulo «Les Vampires». Figuras de escritores que ya han pasado a la historia de la literatura desfilan con todo su peso humano (gravado en muchos casos por la ironía y el ingenioso extremismo de Aragón): André Gide, Cocteau, Tzara, Valéry. Muchos otros personajes y personajillos recorren estas páginas. Pintores como Max Ernst (a quien Aragón dedica todo un capítulo) o Picasso, músicos como Satie, declamadores como Bertin, Herrand, etc. No faltan en ningún caso las experiencias y opiniones personales del autor: además de ser el telón de fondo de toda la obra, están presentes los acontecimientos que él vivió como protagonista con plaza propia ganada a pulso en esa etapa de la historia literaria francesa. La creación de la revista *Littérature* y los avatares por los que pasa tanto su edición como su difusión quedan reflejados por su pluma con un ambiente vívido y cautivador.

El «proyecto» no pasa de ser un bosquejo, ni siquiera llega a dar una visión global de los pocos años que abarca. Sin embargo no deja de ser sugerente la idea de hacer una historia de la literatura en la que el trasfondo esté tan presente como lo que con el tiempo ha pasado a la historia. Aragón quiere demostrar que al compaginar la perspectiva contemporánea, sincrónica, con la histórica, el panorama que se consigue es mucho más concorde con la verdadera realidad de la historia literaria.

En cuanto al estilo en el que está escrito, quien conozca a Aragón no puede dejarse engañar por ese título de aires académicos y apariencia formalista. No, realmente nos encontramos, como por otra parte no era de extrañar, con un estilo fluido y agradable que invita a revivir una época para nosotros ya lejana, de la literatura. Vehemente, controvertido, apasionado: el autor de la recopilación lo trata de «demasiado inteligente».

Marc Dachy es autor de varios libros y ediciones sobre autores dadaístas (*Journal du mouvement Dada*, 1989; *Tristan Tzara: dompteur des acrobates*, 1992; *Qu'est-ce que Dada?*, 1992). Su experiencia en la edición de textos queda evidenciada en el cuidado y la exigencia con los que está preparado este. Se echa quizá en falta una referencia a la obra posterior de Aragón, tanto a su obra

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

de creación como a su poética, puesto que toda la información que se nos ofrece hace solamente alusión al momento en el que fue escrita la obra.

Rosa Fernández Urtasun
Universidad de Navarra

GÓMEZ MORENO, Ángel, *España y la Italia de los humanistas*, Madrid, Gredos, 1994, 385 pp, (ISBN: 84-249-1635-2)

La cuestión de nuestro humanismo sigue abierta entre los dos conocidos extremos. El profesor Gómez Moreno, que no gusta de hablar por separado de distintos humanismos en nuestro ámbito geográfico y cultural, apuesta aquí por un «enfoque peninsular». Este trabajo ofrece a la vez una visión panorámica de la cuestión y propone una reflexión equilibrada sobre el tema a partir del estudio de las intensas relaciones entre el humanismo italiano trecentista y cuatrocentista y la cultura peninsular; para ello brinda reunida mucha de la información existente y aporta otra inédita.

Este libro ha sido compuesto sobre la base de diferentes conferencias impartidas entre los años 1989 y 1990 en España, Estados Unidos y Canadá (9-10), pero su lectura revela un acarreo de materiales y una labor de reflexión crítica que va más allá de una simple aproximación al complejo fenómeno de nuestro humanismo. Como declara modestamente el autor en «Antecedentes y propósito» (9-31), es su primera monografía sobre el humanismo italiano en la Península, pero son suficientemente conocidas sus anteriores aportaciones al tema, entre las que destaca su edición y estudio del *Prohemio e Carta* de Santillana (Barcelona, PPU,1990).

La obra consta de veinte breves capítulos, ricos en información biobibliográfica antigua y moderna (textos y crítica), con abundantes y jugosas notas al pie que ofrecen a los investigadores campo y horizontes para su labor crítica. Sigue un primer epílogo (332-337), anuncio de la continuación la segunda parte del trabajo en un nuevo libro y apéndices (338-359), que contienen textos de 6 manuscritos inéditos. Por último, un índice de autores y obras (361-385), que no evita la lectura detenida de las notas, dechado de información –frecuentemente de primera mano– sobre textos poco conocidos.

Aunque la obra no tiene más divisiones que las indicadas, se pueden distinguir cuatro núcleos temáticos más o menos sucesivos en la exposición: la cuestión de la lengua –latín, griego y lenguas

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

romances– y sus dimensiones política, cultural, estética, etc. (I a VIII, 36-152); la teoría literaria (IX, 153-166) y el cultivo de géneros específicamente humanistas, como el discurso (X, 167-178), la epístola (XI, 179-198), el diálogo (XII, 197-214), castigos y paremias (XIII, 215-226), la biografía (XIV, 227-241) y la *laus urbis* (cap. XVIII, 282-295); el concepto de Historia y la afición por lo antiguo (XV a XVII, 242-281); y finalmente el viaje, ya desde el punto de vista del intercambio cultural ya como género literario (XIX y XX, 296-331).

El cuerpo del trabajo ofrece seiscientas siete notas, algunas muy extensas, en las que nada sobra. Como en otros trabajos, el autor observa la costumbre de suministrar completas y sin abreviaturas las informaciones bibliográficas, de manera que resulte fácil el acceso al documento tanto al experto como al lector no especializado que se sienta atraído por un tema y desee profundizar en él.

Tras una primera lectura, puede tenerse la sensación de que el autor no acaba de dar una visión de conjunto armónica y completa. Es cierto que no se limita a suministrar datos sino que va formulando juicios de valor a lo largo del trabajo, pero no deja de ofrecer una cierta impresión de fragmentarismo, acaso superado por el arrollador alud de información que posee y magnánimamente ofrece. Téngase en cuenta por otra parte que las tesis de fondo aparecerán aún más claras con la segunda parte del trabajo, esbozada en el primer epílogo (332-337).

Entiendo que es tesis vertebradora del trabajo la existencia de un clima intelectual en la España tardomedieval que favorece el intercambio intelectual con Italia. Por eso se aclimata tan bien el humanismo italiano en los siglos XIV a XVI en la Península. El humanismo hispánico, que el autor da por descontado que existe y que no es pálida copia o sucedáneo del italiano, no tiene nada de traumático, como tradicionalmente han considerado tanto quienes afirman como quienes ponen en duda su existencia. Especialmente afortunados son en este sentido los capítulos dedicados a los viajes (296-314) y a los libros de viajes (315-331), así como también todo lo relacionado con el concepto de Antigüedad y con la Historiografía (caps. XIV a XVII).

Acierto indudable del enfoque con que el autor aborda el tema es la superación de las perspectivas fragmentarias en lo temporal y en lo geográfico; superación en definitiva tanto de la crítica nacionalista como de la taxonómica, empeñada en dilucidar la

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

frontera entre Medievo y Renacimiento. Si el estudio de nuestro humanismo no se aborda desde un punto de vista integrador, se acaba por violentar los hechos y los textos en uno u otro sentido, olvidando que las raíces y los frutos están en perfecta y natural continuidad. En resumen, en nuestra historia cultural del cuatrocientos –época considerada tradicionalmente bisagra entre los tiempos viejos y los nuevos– no hay trauma, sino evolución, enriquecimiento.

Francisco Crosas
Universidad de Navarra

D'ORS, Miguel, *En busca del público perdido. Aproximación a la última poesía española joven (1975-1993)*, Granada, Impredisur, 1994, 85 pp. (ISBN: 84-7933-122-4)

Con este libro Miguel d'Ors pretende hacer un estudio de la poesía contemporánea hasta el momento (1993). Es una vista rápida de la situación poética, en la que se describen las tendencias dominantes, los cauces de difusión, los núcleos geográficos y los nuevos grupos que aparecen. Se nombran también las antologías más representativas. En esta pormenorizada y erudita descripción de la poesía contemporánea, que se caracteriza por ser joven, tanto por lo reciente como por los autores que la escriben, se incluyen algunas notas críticas que hace el autor, también poeta y parte del mundo literario que describe. El interés del libro radica en el acercamiento al momento histórico y literario en el que tanto el autor como el lector participan. A este interés se le añade el hecho de que el estudio y la crítica no lo realiza un teórico literario, sino uno de esos mismos poetas que se describen.

El capítulo I no supera el tópico extendido de señalar 1975 como punto de partida de una nueva etapa literaria. Las primeras palabras de d'Ors son un intento de justificación: « no es por capricho... ni por fechas redondas...» (7). En el capítulo se desarrolla la evolución de los «novísimos»y la aparición de los «disidentes». Es por tanto un momento de evoluciones y casi transitorio, más que un período claramente literario.

Al explicar la evolución de los «novísimos» se da un paso adelante, ya que no sólo se centra en los nueve poetas antologados en 1970 por José María Castellet, sino que se tiene en cuenta a todos los que en aquellos momentos compartieron su estética. En esa evolución hay poetas que callan en un «período de silencio» y

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

otros que evolucionan hacia la recuperación del «yo». Los «disidentes» son los llamados por Villena «poetas ocultos», que nacen en las mismas fechas que los «novísimos» y publican sus primera obra en los 60. Muestran una concepción más clásica de la poesía y se vinculan con los maestros de la segunda generación de postguerra.

En el capítulo II se realiza un análisis de los «novísimos revisados» y un estudio de las tendencias dominantes. Las rectificaciones a todo lo que la crítica ha difundido sobre los «novísimos» se centran en la aclaración de que no se puede afirmar tajantemente, que los años setenta son los años de los «novísimos». Es también una época de «no-novísimos». El título del libro se explica precisamente por la consideración de que la retórica artificiosa y alambicada de los novísimos llevó al público español a perder el interés por la poesía contemporánea. En cuanto a las tendencias dominantes, que se explican brevemente con las opiniones de varios autores, giran en torno al culturalismo (o novísimo), el intimismo, la realidad sustantiva y el esencialismo, dentro de una primera tendencia de comunicación. La tendencia del silencio (incomunicación) corresponde a los vanguardistas y a algunos poetas concretos.

El tercer capítulo es el que aporta mayor interés por su novedad. Corresponde a la «generación del 80». Entre los cauces de difusión aparecen las distintas capitales autonómicas, con sus autores e ideología común. Se nombran las revistas, colecciones y antologías publicadas por ayuntamientos, diputaciones o editoriales regionales. Las enumeraciones son largas pero interesantes por dos motivos: dan muestra de la numerosa producción de poesía actual y, por otro lado, es fácil que el lector haya leído o manejado algunas de las editoriales o revistas citadas. Para un estudioso interesado en la lírica contemporánea son importantes las primeras aproximaciones críticas que se recogen, desde 1981, año en el que Luis Antonio de Villena reconoce el retorno de los poetas jóvenes a la poesía clásica, hasta un estudio minucioso de Jaime Siles, en 1991, que titula « Ultimísima poesía española escrita en castellano...» Por último aparecen las antologías representativas y el capítulo se cierra con el epígrafe «continuísmo y sensatez», que viene a resumir las tendencias poéticas más recientes.

Por la actualidad del tema y por estar escrito por un poeta como d'Ors, el libro es interesante para todo aquel que conozca la lírica contemporánea. Aunque la huella crítica de d'Ors aparezca, se echa de menos su verdadera opinión sobre las diferentes co-

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

rrientes y tendencias, o sobre unos escritores y otros. Se vislumbra que lo que más le convence es el avance del intimismo, pero esta misma afirmación podía haber sido más comentada. En alguna ocasión -aunque es necesario e imprescindible- la enumeración de autores, títulos y revistas se hace un tanto ardua para el lector que intente seguir el texto de forma continuada. Por la misma razón parecen excesivamente largas algunas de las notas a pie de página. Pero en todo caso, el libro provee de un material de apoyo utilísimo para el estudio futuro de la poesía de nuestros días.

En resumen, el libro es un intento de recuperar el público perdido, ya que con este estudio, d'Ors no sólo quiere informar sobre los poetas y sus tendencias, sino que hace ver que si podemos encontrar tantos escritores que se preocupan por la poesía, seguramente habrá un público igualmente interesado en leerlo. A este público es al que hay que buscar.

Berta Sánchez Lasheras
Universidad de Navarra

GóMEZ MANGO DE CARRIQUIRY, Lídice, *El encuentro de lenguas en el «Nuevo Mundo»*, Córdoba, CajaSur, 1995, 184 pp.

A pesar de tratar un tema tan manido con ocasión del V Centenario del descubrimiento de América en 1992, este libro sorprende por su originalidad y buen hacer, fruto de una gran erudición y de un pretendido afán por resultar accesible a cualquier lector.

El libro comienza con dos prólogos, *Prólogo desde España* y *A modo de prólogo y eco americano*, cuyos autores son Francisco Morales Padrón y Joaquín Alliende Luco respectivamente. La introducción que aparece a continuación, titulada *La cuestión lingüística, ayer y hoy*, pretende hacer hincapié en que la originalidad de América Latina se debe precisamente al complejo encuentro de pueblos, etnias y culturas bajo la preeminencia cultural hispánica, verdadera conformadora de la unidad lingüística del «Nuevo Mundo». La autora se propone, según reconoce en las primeras páginas, «destacar en síntesis ilustrativa algunos aspectos fundamentales del *substratum* lingüístico sedimentado en aquel *encuentro de culturas* »(22), con el objeto de arrojar cierta luz con respecto a la situación y desafíos actuales de América Latina.

Atendiendo a la disposición formal, el contenido de la presente obra está estructurado en seis capítulos. En los tres primeros,

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

titulados *La babel de los mundos amerindios*, *Castellano, español, español-americano* y *Entre la imposición del español y la conservación y utilización de las lenguas indígenas*, se procede al análisis de aspectos históricos y sociolingüísticos relacionados con la existencia y clasificación de las diversas lenguas amerindias, el estadio en que se encontraba el castellano/español a su llegada al «Nuevo Mundo», los avatares de su implantación, etc. Los títulos de los capítulos cuarto y quinto, *Un mundo de nuevas palabras* y *La teología que ignoró san Agustín*, resultan ya de por sí significativos: el estudio del aspecto más propiamente filológico ocupa ahora el centro de atención, profundizando acerca de cómo se produjo el encuentro de lenguas. Se analizan aquí cuestiones tales como la hispanización de las lenguas indígenas, la indianización de la lengua española o los métodos de enseñanza utilizados por los colonizadores, precisando cuantos logros y dificultades fueron produciéndose.

El último capítulo, *Conclusiones que son desafíos*, posee una función específica claramente diferenciada con respecto a los cinco anteriores, constituye la valoración final de la autora, cuyas conclusiones personales son condensadas en torno a cuatro ideas principales: *Hacia una patria grande*, *Ni metrópolis ni colonias para la lengua española*, *No declamaciones, sino solidaridades reales* y *Una comunidad sin exclusiones*.

La subdivisión de cada capítulo en varios apartados (de extensión similar y encabezados por el correspondiente epígrafe) consigue que su lectura resulte más amena e impide la desconexión del hilo argumental de la obra.

El primer capítulo proporciona una interesante síntesis de las lenguas amerindias en lo que a su historia y cuestiones lingüísticas se refiere. En ocasiones, se echa en falta un relato algo más pormenorizado de lenguas indígenas como el náhualt o el quechúa imperial (de indudable interés para el lingüista), pero quizá esta omisión obedezca a razones de espacio o de una pretendida amenidad. A la consecución de esta última responde la intercalación de curiosos mapas y dibujos representativos de la situación de las lenguas indígenas en el siglo XVI. Florecen también por doquier las interpretaciones de la autora, que aventura hipótesis acerca de cuestiones diversas como, por ejemplo, qué hubiese ocurrido de no producirse la conquista española; estas «intromisiones» acrecientan el interés del lector y estimulan su análisis crítico, al tiempo que aligeran un tanto la temática principal.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

El capítulo segundo, titulado *Castellano, español, español-americano*, trata la historia externa de nuestra lengua, desde sus orígenes hasta el siglo XVI, puntualizando aquellos aspectos más relevantes que influirían en su trasplante al «Nuevo Mundo», como es el caso de los andalucismos. Esta visión será completada en el siguiente capítulo con epígrafes tan sugerentes como *Las barreras lingüísticas en el primer encuentro*, *Conquista y dominio del español* o *La política lingüística de la Corona*.

Resulta interesante señalar cómo junto a las opiniones de prestigiosos estudiosos contemporáneos como R. Menéndez Pidal, R. Lapesa, A. Rosenblat o A. Zamora, que representan la teorías vigentes en la actualidad, se intercalan testimonios de cronistas y de eruditos coetáneos a la época que se está analizando, es decir, los siglos XVI y XVII.

Tras la revisión de cuantos avatares acompañaron la llegada de la lengua española al «Nuevo Mundo», los capítulos IV y V se centran en las cuestiones más propiamente lingüísticas de tal evento: no se produjo un mero trasplante desde la península, sino que «se operó a modo de injerto dominante por inserción inicial -y progresivamente por suplantación posterior- en el tronco multiforme de las culturas amerindias» (97). Es ésta, a mi parecer, la parte más original e interesante de la obra, tanto por el peculiar manejo de la abundante información como por la sabia combinación de las diversas opiniones existentes al respecto, con el fin de extraer conclusiones personales. Del mismo modo, la exposición de los diversos métodos utilizados (por los misioneros principalmente) para conseguir no sólo rescatar del olvido diversas lenguas precolombinas, sino también lograr su revitalización y transmisión escrita, puede resultar sorprendente al lector, pues desfigura la errónea creencia de que la lengua española se impuso por la fuerza tras la violenta aniquilación de las lenguas existentes en el nuevo continente.

Las *Conclusiones que son desafíos* constituyen un último balance, no exento de apasionamiento, mediante el cual la autora se propone nada menos que conjugar pasado y presente, España e Hispanoamérica, mediante la lengua, entendida ésta como «un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre naciones de origen español derramadas sobre dos continentes» (157), en palabras de A. Rosenblat que cita la autora. Interesante también es el modo en que se expone el panorama actual, siempre en íntima conexión con el pasado histórico, a partir

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

del cual Lídice Gómez Mango de Carriquiry extrae una serie de provocativas y punzantes conclusiones que reclaman con insistencia soluciones concretas para la comunidad iberoamericana.

Se trata, en definitiva, de una valiosa compilación de datos, opiniones, hipótesis y conclusiones varias, que conforman una obra atrayente y sumamente interesante, fruto de una ingente labor y una acertada estructuración formal.

La única objeción que, a mi parecer, podría plantearse a la original disposición de los diversos materiales que conforman la obra, se debe a la adición de una serie de cuadros de población indígena al final del capítulo sexto; el hecho de que no se mencione cuál es la función específica de estos seis cuadros en relación a la temática tratada, junto a la calificación de «información no confiable» (162) con la que la autora se refiere a los datos que aparecen en uno de ellos, provoca el desconcierto y la perplejidad del lector.

Por último, es de justicia alabar la cuidada y completa bibliografía que se proporciona al final del presente libro; la rigurosa recopilación de una gran cantidad de obras, no sólo de carácter lingüístico sino también histórico y literario, resulta de gran utilidad al ofrecer al lector un interesante punto de partida hacia posibles investigaciones, al tiempo que se concluye, de modo brillante, una obra equilibrada, pulida y sugerente.

Mónica Lesaca Burusco
Universidad de Navarra

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra